Los nombres, a veces no importan //Pa

En su país, muy lejos de la ciudad de Granada y de la Alhambra, los amigos le decían:
- Convéncete: los nombres de las cosas, lo sitios y las personas, muchas veces, no importan nada.
- Pero si las personas, lo sitios y las cosas carecemos de nombres ¿de qué modo podremos entendernos y organizarnos?
- Eso es lógico, sin embargo, en bastantes momentos, los nombres no sirven para mucho.
- Pues yo tendré que verlo para creerlo.
Y no tardó mucho tiempo en descubrirlo claramente.

Aquella mañana de invierno frío, con muchas nubes en el cielo y nieve en las partes altas de las montañas, donde vivía le dijeron:
- Tu destino ahora mismo ya no está ni en esta casa ni en esta ciudad ni en este país.
- ¿Y eso?
- Todos hemos decidido que tienes que marcharte de aquí.
- ¿Cuándo y a dónde?
- Mañana mismo te marcharás rumbo a la ciudad de Granada, muy conocida en el mundo entero por el gran monumento de la Alhambra.
- Pero ¿cómo en tan poco tiempo voy a organizar un viaje así y recoger y embalar mis cosas?
- Podrás, porque no te queda más remedio.

Y solo unas horas después, a la mañana siguiente, se le vio salir del edificio donde había vivido durante mucho tiempo. Se le vio avanzar por la calle, con una pequeña maleta en las manos, se acercó al quiosco de prensa y pidió un periódico diciendo:
- Me marcho para siempre de esta ciudad y país y lo único que ahora mismo me apetece llevarme, es el periódico con la fecha de hoy y escrito en la lengua que aquí se habla.
- Pues que tengas suerte y que todo te vaya bien.
Le dijeron al darle el periódico que había pedido.

Poco después se le vio subir en el autobús y sentarse cerca de una pequeña con su madre. Media hora más tarde el autobús salía de la ciudad y la niña, ajena al viaje, a lo que por la ventanilla se veía e ignorante por completo a lo que en el corazón de su compañero ocurría, se puso a jugar. A un juego inocente y sin importancia pero que para ella y en ese momento, era lo más importante de cuanto existía en el mundo. Al poco le dijo al joven:
- Juega conmigo, verás qué divertido.
Y sin saber cómo ni por qué, se puso a jugar con la pequeña. Y a los diez minutos, se implicó tan sinceramente en el juego que hasta se olvidó del viaje y de los acontecimientos que le obligaban a marcharse y del lugar a donde iba.

Pero hora y media más tarde, la madre dijo a su niña:
- Hemos llegado a nuestro destino. Prepárate que en unos momentos nos bajamos.
Le dio ella un beso al joven y le indicó lo bien que se lo había pasado jugando juntos. Y cogida de la mano de la madre, abandonaron el autobús. Se quedó él mirando y al ver a la pequeña alejarse, para sí se dijo: “Ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y ahora, ni siquiera sé cómo se llama. Pero ciertamente que no me importa el nombre que tenga”. Se puso en marcha el autobús y al poco subía las laderas de grandes y altas montañas. Mirando por la ventanilla comenzó a llenarse de los amplios y hermosos paisajes: altas y bellas montañas cubiertas de monte, escarpadas laderas surcadas de ríos y con muchos valles verdes a sus pies. Se dijo: “Todo esto es maravilloso y nuevo por completo en mi vida. Y tampoco sé ni cómo se llaman estos lugares ni a qué país del mundo pertenecen”.

Al caer la tarde, en un lugar donde el terreno era llano y los paisajes relucían de verdes, el autobús de nuevo se paró. Miró por la ventanilla y vio y oyó a varias personas que hablaban en un idioma que desconocía. Pero sí le llamó mucho la atención comprobar como estas personas se ayudaban entre sí mientras compartían cosas. Otra vez se dijo: “Sin duda que esto será un país en algún lugar del mundo y tendrá su propio nombre. Pero yo ahora mismo ni lo sé ni tampoco me serviría de nada conocerlo”. De nuevo el autobús se puso en marcha y él se recostó en el asiento. Meditando el dolor de la despedida y el miedo a lo desconocido, se quedó dormido y al poco se vio acercándose a la mágica ciudad de Granada.

Divisó altas montañas llenas de nieve, muchos ríos de aguas claras despeñándose por las laderas de estas montañas y al fondo, una gran llanura por donde una ciudad blanca se derramaba. Y sobre una alta colina llena de vegetación e iluminada por los rayos del sol de la tarde, vio un edificio fantástico. Grandes torres se elevaban desde él, recias murallas lo rodeaban, muchas personas en grupos grandes, más pequeños y de dos en dos, paseaban, iban y venían por entre hermosos jardines y una luz misteriosa perecía envolverlo todo. Vio el autobús surcando la carretera que, como trabada en el viento, descendía desde las altas cumbres al encuentro de la ciudad que por la vega se derramaba. Y en el asiento de sus espaldas oyó que alguien comentaba:

- Esta es la ciudad de Granada y eso que tanto deslumbra ahí, es la Alhambra. ¿A que, aunque no tuvieran nombre ni esta ciudad ni esos palacios, todo sería igual de maravilloso y desprendería la misma magia?